

Al conde agradó mucho lo que dijo Patronio, hízolo así y le salió muy bien. Y como don Juan gustó de este ejemplo, lo mandó poner en este libro y escribió estos versos:

*En las cosas ciertas confiad
y las fantásticas evitad”.*

Es interesante encontrar en este relato de **EL CONDE LUCANOR** o **LIBRO DE PATRONIO**, como también se le llama, la manera en la que se influyen recíprocamente obras literarias. En el apólogo tomado del Panchatantra, se proyecta el mismo ejemplo pero de diferente manera para llegar a la misma enseñanza moral. Es por esto que ninguna literatura se mantiene aislada, siempre recibe influencias de otras, lo mismo que un escritor se enriquece con lo que otros escritores proyectan en sus obras.

En Francia, predominaron unos relatos muy diferentes a todos los señalados anteriormente, pues mientras la gente rica, la de los palacios elegantes, disfrutaba leyendo los relatos e historias de amor, de las gentilezas de un caballero a su dama y temas similares, en las tabernas, la gente del pueblo y los burgueses disfrutaban las historias contenidas en los **FABLIAUX** (palabra francesa que significa “hablilla”). En estos relatos no se busca una finalidad ejemplar o moralizadora, lo único que se persigue es provocar risa, causar un efecto cómico. De aquí que los “fabliaux”, al desprenderse del lastre educativo de los ejemplos de las homilias*, de las fábulas y de los apólogos, se centren en valores más puramente literarios y den importancia a la viveza de la descripción de tipos y ambientes y a la trabazón del asunto” . (3). Como el fabliaux trata de hacer reír, y para nada busca el carácter moralizador, presenta temas y personajes reales con los que la gente de la época se enfrentaba a diario: mujeres desvergonzadas, clérigos corrompidos, maridos engañados, avaros ricos, todos “conviviendo con sinvergüenzas, bellacos, bribones y audaces, y la pugna entre estas dos clases de gente da pie a situaciones cómicas, burlescas y no raramente obscenas. . . (4).

(3) De Riquer, Martín y José María Valverde. Historia de la Literatura Universal, p 392.

* Consultar Glosario.

(4) Op. Cit. p. 392.

Estos cuentos son importantes porque a través de ellos se proyecta la sociedad francesa —en especial la clase media—, en cuadros llenos de colorido y vigor.

Se han conservado aproximadamente 150 fabliaux, y parece ser que sus autores eran escritores de gran cultura y excelente formación literaria.

Todas estas narraciones, fábulas, apólogos, fabliaux, van constituyendo la base de la narrativa en los siglos XIII y XIV, y es con la figura del italiano Boccaccio (1313–1375) y con su colección de cuentos llamada **EL DECAMERON**, con la que el cuento o narración corta alcanza su máxima expresión. El excepcional mérito narrativo de esta obra, reposa sobre un arte trabajado y sabio, en el cual la prosa, el bien decir, alcanza unos valores buscados y siempre operantes.

EL DECAMERON está formado por un conjunto de 100 cuentos que Boccaccio pone en boca de siete muchachas y tres jóvenes que huyendo de la peste de Florencia de 1348, se refugian en una finca, y cada día para entretenerse nombraban un rey o una reina para presidir la reunión, donde cada uno contaba un cuento. La palabra Decamerón significa: “deca”, diez y “hemera”, día, porque fueron diez días los que estuvieron en esa finca. Los cuentos varían enormemente a través de historias basadas en diferentes temas elegidos por los mismos jóvenes. Uno de los temas seleccionados se basa en las respuestas o frases ingeniosas que han salvado de una muerte o castigo a una persona, como en el cuento que sigue:

“EL COCINERO”

Boccaccio.

“Habéis podido oír decir, caso de no haberlo visto, que micer Conrado, ciudadano de Florencia, fue siempre hombre muy gastador, liberal, magnánimo, aficionado a perros y pájaros, dejando a un lado sus otras aficiones.

Un día en la casa del halcón se apoderó de una grulla, cerca de un pueblecito llamado Peretola, y como la viese tierna y gorda, ordenó que fuese entregada a su cocinero para que la asara y se la sirviera en la cena. Habéis de saber que el cocinero, veneciano de origen y llamado Chichibio,

era un tonto en toda la extensión de la palabra. Toma, pues, la grulla y la asa lo mejor que sabe. Estaba ya casi cocida y exhalaba un olorcito muy agradable, cuando una mujer de barrio nombrada Brunetta, de la que estaba enamorado Chichibio, entró en la cocina. El agradable humillo que se desprendía del ave que acababa de salir del asador, da ganas a aquella mujer de probarla, de suerte que no titubea en pedir un muslo al cocinero. Este se burla de ella, y le dice cantando: "No le tendréis, señora Brunetta, no le tendréis". —Si no me dais la pierna, os juro no otorgaros el más pequeño favor. Después de una empeñada discusión, Chichibio, que no quería desagradar a su adorado tormento, corta el muslo y se lo da. Aquel día había gran número de convidados a la mesa de su amo. La grulla fue servida con un solo muslo. Uno de los convidados, el primero en notarlo, demostró su sorpresa; entonces Conrado manda llamar a su cocinero y le pregunta dónde está la otra pierna. El veneciano, embustero por naturaleza, contestó con el mayor descaro que las grullas sólo tenían una pierna. "¿Acaso crees tú que no he visto más grullas que ésta?" —Lo que acabo de deciros, señor, es la pura verdad; y si lo dudáis, me obligo a probároslo con las que están vivas. Todos se rieron de semejante respuesta; mas Conrado, no queriendo que pasara adelante la cosa por respeto a las personas extrañas que había en la mesa, se contentó con contestar a aquel zopenco: "Ya que te empeñas, picaronazo, en demostrarme lo que no he visto ni oído decir en mi vida, veremos si mañana mantendrás tu palabra; te juro que si no lo haces te acordarás por mucho tiempo de tu imbecilidad y tu obstinación. No quiero que por ahora se hable más de esto: retírate".

Al día siguiente micer Conrado, quien no había podido cerrar los ojos en toda la noche, se levanta apenas despuntó el alba, muy resentido de su cocinero. Monta a caballo, ordena al muy taimado que suba en otro y le siga, dirigiéndose hacia un riachuelo a cuya orilla veíase siempre grullas en aquella hora. "Vamos a ver, decíale en el camino de vez en cuando y con acento despechado, vamos a ver cuál de los dos tiene razón." Notando el veneciano que su amo no se había apaciguado todavía, y que iba a

encontrarse confundido, buscaba inútilmente un medio para disculparse. De buena gana habría huído sino le faltara valor para tanto; tal miedo le causaban las amenazas del gentil hombre. Por otra parte. ¿Cómo huir yendo su amo mejor montado que él? Así pues, miraba despavorido por todos lados, antojándosele cuanto veía otras tantas grullas que se sostenían con dos patas. Ya cerca del riachuelo, fue el primero en divisar una docena de grullas que todas se mantenían sobre un pie, según costumbre cuando duermen. En seguida las enseña a su amo, diciéndole: "Ved, señor, cómo lo que os decía anoche es la pura verdad; observad aquellas grullas; todas no tienen más que una pierna".

—Voy a probarte que tienen dos, repuso micer Conrado; espera un poco. Y habiéndose aproximado a las aves empezó a gritar: "¡Hu, hu, hu". A semejante grito despiertan las grullas, alargan la otra pierna y vuelan a toda prisa. "Vamos, tunante, dijo entonces el gentil hombre; las grullas ¿tienen una o dos patas? ¿Qué dices ahora?" —Pero señor, repuso Chichibio, que no sabía cómo salir del atolladero; vos no gritasteis anoche ¡hu, hu, hu! Si lo hubierais hecho, la grulla hubiera alargado la otra pata, lo mismo que éstas. Respuesta tan ingeniosa agradó mucho a micer Conrado, de suerte que se desarmó su cólera. No pudiendo contener la risa: "Tienes razón, Chichibio, le contestó; en verdad que debiera haber hecho lo que tú dices. Anda, te perdono, pero no reincidas".

De manera que, con una réplica chistosa, el cocinero esquivó el castigo e hizo las paces con su amo".

En el Decamerón ya se encuentra toda esa riqueza narrativa que mantiene el interés y va atando al lector en la trama del relato, por lo que se le considera la primera obra maestra de la prosa europea moderna, y modelo dentro del relato corto.

En el siglo XIV apareció en Inglaterra la obra que se considera la primera en importancia. Nos referimos a LOS CUENTOS DE CANTERBURY o "Canterbury Tales", escritos por Geoffrey Chaucer (1340—1400). Como en el Decamerón, los

Cuentos de Canterbury se desarrollan entre un grupo de peregrinos que van a Londres a visitar el santuario de Santo Tomás de Canterbury y para entretenerse y hacer más ameno el viaje, empiezan a narrar historias. Como los peregrinos pertenecen a diferentes grupos sociales, los cuentos son variadísimos, y un documento importante para conocer a la sociedad inglesa de finales del siglo XIV.

Llegando a los tiempos modernos, encontramos dos figuras destacadísimas cultivadoras del cuento. Se trata del ruso Antón Chéjov y del norteamericano Edgar Allan Poe.

La obra de Chéjov, nacido en 1886, muerto en 1904, se considera como de una enorme importancia por la influencia que ha ejercido en la narrativa contemporánea. Sus cuentos son sencillos, presentan la vida de todos los días, a la que él da un toque de gracia y encanto muy especial. Esta es una de las características de sus relatos cortos.

Entre sus colecciones de cuentos, se encuentran "La señora del perro y otros cuentos", "Sala número seis", "La cerilla sueca" y otros más. De la colección llamada "La cerilla sueca" incluimos un simpático cuento llamado "El chico travieso"; en él encontrarás la simplicidad de las cosas diarias, de la vida de todos los días...

EL CHICO TRAVIESO

"Iván Ivanech Lapkin, muchacho de un agradable aspecto exterior, y Ana Semenovna Zamenova Zamblitskaya bajaron por la empinada orilla y se sentaron en un banquito, junto a la misma corriente, entre espesos mimbrales jóvenes. ¡Qué sitio tan recogido! Si os sentaseis allí quedaríais ocultos a todas las miradas; únicamente podrían veros los peces y las tijeretas que corren como relámpagos por la superficie del agua.

Ambos jóvenes estaban provistos de cañas, de latas con gusanos y de otros útiles de pesca.

— ¡Me alegro de que al fin estemos solos!— dijo Lapkin mirando alrededor—. Tengo que decirle a usted muchas cosas, Ana Semenovna. . . Muchas cosas. . . Cuando la vi a usted por primera vez. . . ! ya pican en su caña! . . . comprendí el objeto de mi vida. Comprendí donde estaba el ídolo a quien he de consagrar mi vida honrada y laboriosa. . . Debe ser muy grande. . . ¡Mire cómo pica! . . . ¡Al verla me enamoré apasionadamente! . . . Espere na tire todavía. . . , déjele que pique mejor. . . Dígame usted, querida mía, le conjuro a que me diga si puedo contar, no con ser correspondido, ¡no!, de eso no soy digno, no me atrevo siquiera a pensar en ello, si puedo contar con. . . ¡Tire usted!

Ana Semanova levantó la caña, dió un tirón y lanzó un grito. En el aire brilló un pecesito verde y plata.

— ¡Dios mío! ¡Ay! ¡Pronto! ¡Se ha soltado! . . .

El pez se desenganchó del anzuelo, saltó sobre la hierba y ¡paf!, otra vez al agua. Lapkin, al perseguirlo, en lugar del pez, cogió, por casualidad, la mano de Ana Semanova, y por casualidad la llevó a sus labios.

Ella la retiró, pero ya era tarde. . . Los labios se fundieron, por casualidad, en un beso. Todo aquello resultaba una pura casualidad. Tras el beso siguió otro, y luego mutuas promesas. . . ¡Felices momentos! Pero en esta vida terrena no hay dicha completa. La dicha lleva, generalmente, un veneno dentro de sí misma, o se envenena con algo que viene de fuera de ella. Así pasó en esta ocasión. Cuando los jóvenes se besaban oyóse de pronto una carcajada.

Miraron al río y quedaron como petrificados: metido en el agua hasta la cintura, estaba un chico desnudo. Era Kolia, el colegial, hermano de Ana Semenovna. Estaba en el agua, mirando a la pareja y riendo maliciosamente.

—¡Aaah!... ¿Estaban ustedes besándose?. —dijo—. Pues muy bien.
¡Se lo diré a mamá!

—Supongo que usted, como hombre honrado... murmuró Lapkin, poniéndose rojo—. Es muy feo espiar, y chismorrear es todavía peor; es algo bajo y trivial... Supongo que usted como hombre noble y honrado...

—¡Deme usted un rublo* y no diré nada —dijo el “hombre honrado”.
Y si no, lo cuento.

Lapkin sacó del bolsillo un rublo y se lo dió a Kolia. Este lo apretó fuertemente en su puño mojado, lanzó un silbido y echó a nadar. Y los jóvenes, ya por esta vez, no se besaron más.

Al día siguiente Lapkin trajo de la ciudad a Kolia una caja de pinturas y una pelota, y su hermana le regaló todas sus cajitas de píldoras. Después tuvieron que regalarle los gemelos con cabecitas de perro. Todo aquello, por lo visto, le gustaba mucho al travieso niño, y para obtener más comenzó a perseguirlos. Dondequiera que iban Lapkin y Ana Semenovna allá iba él detrás. No los dejó solos ni un minuto.

—¡Granuja! —decía Lapkin, rechinando los dientes—. ¡Parece mentira que siendo tan pequeño sea tan granuja!

¿Qué será de él cuando crezca?

Durante el mes de junio no dejó vivir en paz a los enamorados. Los amenazaba con descubrirlos, los perseguía y no hacía más que exigirles regalos; todo era poco para él; llegó hasta pedir un reloj de bolsillo. ¿Y qué les parece a ustedes? No tuvieron más remedio que prometerle que se lo comprarían.

* Consultar Glosario.

En una ocasión, durante la comida, se echó a reír de repente, guiñó el ojo y preguntó a Lapkin:

—¿Lo digo? ¿Eh?

Lapkin se ruborizó extrañamente, y en lugar del pan, se metió la servilleta en la boca. Ana Semenovna se levantó de la mesa y se refugió corriendo en otra habitación. En tal situación se hallaron los enamorados hasta fines de agosto, hasta el mismo día en que, por fin, Lapkin pidió la mano de Ana Semenovna.

¡Oh qué día aquél tan feliz! Después de hablar con los padres de la novia y haber obtenido su conformidad, Lapkin, ante todo, se fue corriendo al jardín y buscó a Kolia. Al encontrarse le faltó poco para echarse a llorar de entusiasmo, y agarró al chico por una oreja. Ana Semenovna llegó, asimismo, buscando a Kolia, y le agarró de la otra oreja. Y había que ver el deleite que expresaban los rostros de los dos enamorados cuando Kolia lloraba y suplicaba:

—¡Queridos míos, angelitos míos, no lo volveré a hacer más! ¡Ay, ay, perdón!...

Y luego ambos confesaron que durante el tiempo que había durado el noviazgo, nunca experimentaron tal felicidad, tal dicha, como en aquellos momentos, cuando le tiraban de las orejas al chiquillo travieso”.

Otro gran cuentista que marcó un estilo a imitar y seguir es el norteamericano Edgar Allan Poe (1809-1849). Creó un nuevo tipo de cuento a través de su colección llamada Narraciones Extraordinarias: el cuento detectivesco o de misterio, y el cuento de terror o sobrenatural. En los primeros, Poe trataba de “confundir la curiosidad del lector, y estimular su deseo de aclarar o poner en claro los hechos”. (5) En los segundos, Poe trata de crear un efecto de horror a través de situaciones de muerte, venganza, demencia y aspectos que tienden a lo mismo: hacer que el lector se estremezca de miedo. Algunos de sus cuentos son Doble asesinato en la calle Morgue, El corazón revelador, El gato negro y muchos más.

(5) Pooley, Robert, The United States in Literature, p. 491.